

## 9. Niebla de Recuerdos

Inés pasó dos días atrapada en una niebla febril, un torbellino de sensaciones confusas que se entrelazaban entre la vigilia y el sueño, donde la figura de un amante desaparecido se desvanecía en sombras y la muerte rondaba como un susurro lejano. Sus pensamientos eran caóticos y sus entrañas parecían arder, envueltas en una sensación de sequedad insoportable. En medio de aquel delirio, el *sabor amargo* del huevo crudo y el dulce picante del jerez se mezclaban con recuerdos borrosos de un pasado que ya no sabía si había vivido o si aún estaba por venir.

En ese estado entre lo real y lo irreal, la presencia de Frasquita era constante. La mujer de la casa le frotaba la espalda, el pecho y las plantas de los pies con un aceite mentolado, cuya fragancia invadía su mente de forma persistente. Después, aplicaba paños calientes sobre su piel, algo que la enferma percibía como una caricia brutal. Pero lo que más la desconcertaba era la extraña sensación de un pañuelo atado a su cuello, con trozos de pan recién tostado que le quemaban la piel. Aquel remedio, además de incómodo, era *doloroso*. Entre tanto, la respiración de Inés se volvía más difícil, bloqueada por una congestión espesa que parecía sellar su nariz. El calor interior la sofocaba y la dejaba extenuada. Y mientras todo eso sucedía, ella no lograba discernir si aquello que vivía era un mal sueño o la realidad misma.

Al tercer día, la fiebre comenzó a ceder y, con ella, la confusión. Sin embargo, la recuperación no fue completa.